

bando conversacion con él, le presté mi escopeta, pólvora y municiones, con lo cual logró matar algunos pájaros. Entonces le propuse astutamente que se quedase conmigo y me acompañase en mis escursiones, diciéndole que despues de llevar todas las mañanas mi equipaje al bosque quedaria en plena libertad de cazar mientras me esperaba. Debo confesar que mi huésped fue quien me sugirió esta idea para atraer á mi servicio á cualquiera... á mi costa. Seguí su consejo, si bien pareciéndome bastante estraña semejante conducta por parte de un hombre que tenia muchos criados, y podía sin la menor molestia cederme uno todos los dias, durante algunas horas.

El indio no titubeó y vino á ponerse á mi disposición; pero el italiano le hizo trabajar desde aquel momento en su provecho, diciéndome que era un haragan que no me convenia bajo concepto alguno. Así, pues, todo me faltaba, todo se me iba de entre las manos, merced á la inagotable benevolencia del señor X...

No me quedaba por consiguiente mas recurso que la caza, en la cual en poco tiempo me hice muy diestro; y terminada esta ocupacion, preparaba mis pájaros, mis mamíferos y mis serpientes. Por lo que atañe á los insectos, hubiera necesitado cajas para encerrarlos, y habia descuidado comprar algunas, fiado en las promesas que mi huésped me habia hecho en Rio-Janeiro; mas, por fortuna, no escaseaban los cajones de cigarros. Corté algunas tablitas de cactus, las encolé en el fondo de las cajas, y poco á poco pude ir colocando mis colecciones. Así pasé los últimos dias de noviembre y el mes de diciembre en ocupaciones muy diferentes de las que tenian para mí una importancia real y efectiva.

A falta de indios á quienes retratar, hubiera querido por lo menos pintar paisajes, lo cual me hacia esperar con impaciencia la vuelta del buen tiempo. Provisionalmente habia escogido para asunto de un cuadro un naturalista rodeado del producto de sus exploraciones. En las horas favorables iba á corta distancia á recoger algunas flores, mis únicos modelos posibles.

Regresaba cierta tarde de una de mis escursiones cargado de flores que habia ido á procurarme muy lejos, y bajaba por un sendero entonces convertido en torrente, descalzo y llegándome el agua á media pierna. La noche se avecinaba rápidamente, pues como en aquellos paises no hay crepúsculo, se pasa sin transicion del dia á la noche. Saltando para no hundirme en los detritus de todo género arrastrados por las aguas, pisé un objeto resbaladizo y blando. Era uno de esos enormes sapos llamados por los indios *sape-boi*, ó sapo-buey. Familiarizado ya con tales encuentros, eché mi levita sobre el sapo, y poniéndole el pie encima lo até á pesar de su resistencia por

las patas traseras. Ya suspendido en el aire, fácil me fue llevármelo sin peligro de ser mordido. Los indios, una vez terminado su trabajo, descansan á la puerta de sus chozas, y fue para ellos un motivo de fiesta mi sapo, porque no bien lo puse en el suelo se avalanzó á mí para morderme, abriendo una boca formidable y respirando como una hiena. Hubiera querido enriquecer mi coleccion con tan interesante individuo, pero no sabia cómo arreglarme para matarlo sin inutilizarlo. A bien que, para sacarme de apuros, M. el *feitor*, que se hallaba presente y habia tomado parte en el regocijo inspirado por las gracias de mi sapo, halló un medio tan sencillo como fácil, rompiendo, de una pedrada la cabeza del animal, antes de que me fuese posible impedirlo. El majadero lo habia estropeado. No obstante, á fuerza de esmero volví el sapo-monstruo á su primitiva forma, y actualmente es uno de los mejores adornos de mi coleccion.

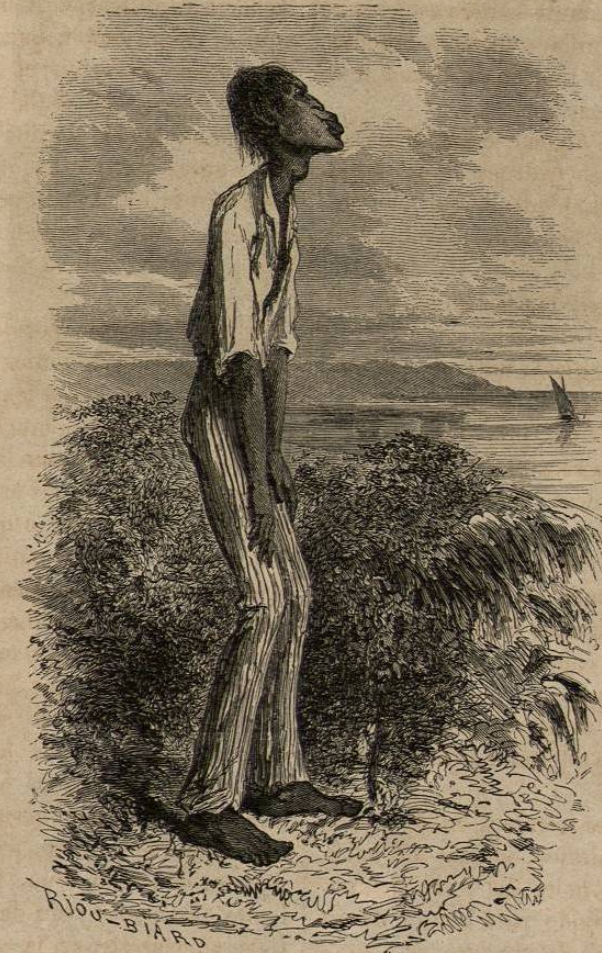
Al dia siguiente por la mañana fuí á ver lo que hacia un grupo de indios en una especie de parque en que se encerraba á los bueyes. Mi huésped habia comprado poco antes muchos de éstos; pero como sin mas que jugar podian lastimar á la gente, se les serraba la punta de las astas, y me causó por cierto gran sorpresa el medio que al efecto se empleaba: únicamente un bramante hacia veces de sierra. Muchas veces ví despues repetida esta misma operacion, y confieso que si lo hubiese oido decir, me hubiera costado trabajo creerlo.

Mas de una vez me habian hablado, desde que me hallaba en el Brasil, de una horrorosa serpiente, el mas voluminoso de los córalos, el *sucurukyu*. Cuando manifesté á mi huésped el deseo de matar una, se le erizaron los cabellos. Dios os libre, me dijo, de tal encuentro, porque hallaríais una muerte segura. Ese monstruo, no solo tiene unos dientes llenos de veneno y un dardo en las fauces, sino que tiene ademas otro en la cola, y nunca huye; al decir esto, el señor X... no hacia sino repetir una cosa que todos los indios aseguran de buena fe. Por lo demás, dejando á un lado la fábula del dardo en la garganta y en la cola, estaba convencido de la fuerza prodigiosa del *sucurukyu*, y sabia que el veneno que destilaba á la mas ligera mordedura era mortal.

Acechaba un dia algunos pájaros, metido hasta las rodillas en las yerbas altas de una pradera, cuando ví súbitamente una cabeza y dos ojos centelleantes fijos en mí. A fuer de verdadero europeo, experimentaba todavía en aquella época una especie de terror al ver un reptil por pequeño que fuese; temor tanto mas excusable en aquel momento, cuanto que me habian dicho que el *sucurukyu* se avalanzaba sobre todo lo que pasaba á su alcance. Así, retrocediendo presurosamente, empecé poniendo una

distancia razonable entre mi persona y la serpiente. Un tanto tranquilo ya, entré en consejo conmigo mismo acerca del partido que debia adoptar. ¿Era lo mejor alejarme para siempre de allí, ó seria preferible acercarme y hacer fuego sobre el monstruo? Este partido me parecia hartamente aventurado, pues me habian dicho que si por desgracia erraba el tiro, la

serpiente no erraria el suyo; pero mientras así discurría, eché dos balas en el cañon de mi escopeta. La cabeza de la serpiente habia desaparecido, si bien ciertas ondulaciones que advertia en la yerba me anunciaban su presencia; por esto, despues de mirar á mi espalda, para asegurarme del camino que me convendria emprender en caso de retirada, dis-



Policarpo, mi primer modelo.

paré contra una espesura en la que acababa de descubrir la descomunal cabeza de la serpiente. La dificultad era entonces cerciorarse de si estaba muerta, pues podia hallarse nada mas que herida; pero nada se movia. Dejé pasar un cuarto de hora antes de aproximarme, y solo despues de cargar otra vez mi escopeta me decidí realmente á salir á reconocer en qué estado se hallaba mi terrible enemigo. Indudablemente, yo era un héroe en toda la estension de la palabra, un verdadero rayo de la guerra: poco antes, un maniquí habia caído al suelo bajo mis furibundos golpes; y en aquel momento acababa de matar... un cangrejo. Pero ¿qué hacia éste en una

pradera lejos del rio, y por qué tenia atado á una pata un pedazo de liana? Un poco de reflexion bastó para explicarme este fenómeno. Los indios habian pescado el dia anterior gran cantidad de cangrejos, y sin duda los ataron por las patas. El de que se trata se les habia escapado durante la marcha, y no sabia qué hacer de su libertad cuando yo lo encontré. Bien se adivinará que no me dí mucha prisa á envanecerme por esta nueva proeza.

Mi primer dia en el bosque virgen.

Mas de dos meses hacia que me habia propuesto penetrar en el interior del bosque que aun no cono-

cia, y siempre me habia visto detenido por una gran cantidad de agua estancada, que no teniendo salida formaba delante del bosque un lago que solo paulatinamente podia secarse al cesar las lluvias. Llegó



Mi huésped.

por fin el momento en que pude continuar mis excursiones. Habia hecho provisiones para todo el dia; mi libro de croquis, mis balas, pólvora y frascos destinados á contener los insectos se hallaban en buen



M. Biard en viaje.

estado, al paso que mi morral estaba lleno de todo lo que podia serme necesario. Púseme en camino antes de salir el sol; y como las aguas habian bajado notablemente, solo me llegaban hasta medio muslo,

y esta vez, diez meses despues de mi salida de París, veía realizarse cumplidamente el mas hermoso de mis ensueños. Muy difícil me seria explicar lo que entonces esperiménté, pues era una mezcla confusa de admiracion y asombro que tenian algo de solemne. ¡Cuán pequeño me parecia á mis propios ojos en presencia de aquellos árboles gigantescos, cuya edad se perdía en la noche de los primeros tiempos del mundo! Hubiera querido pintar todo lo que veía, y no me sentía con fuerzas para empezar nada. ¡Ah! Debo decirlo tambien: ¡los mosquitos me devo-

rabán! Esos malditos insectos reinan tiránicamente en aquellos bosques que apenas dejan llegar algunos rayos de sol hasta el suelo, donde la espesa sombra mantiene una perpetua humedad. Como nunca pasa por allí una criatura humana, es preciso abrirse paso á machetazos, y el que se detiene un solo instante se ve acometido por todas partes por la plaga infernal. No se borrará fácilmente de mi memoria aquel primer dia de mis grandes escursiones en los bosques. Oigo todavía los gritos de los papagayos posados en las ramas mas altas, como tambien los de los



El gato montés.

tucanes (especie de topos); veo todavía arrastrarse por debajo de la yerba el hermoso reptil de color de bermellon llamado la *serpiente-coral*, cuya mordedura causa la muerte con tanta seguridad como las de la víbora y el crótalo. Siempre cortando las lianas, siempre ganando terreno, no paso á paso sino pulgada á pulgada, llegué á una especie de sitio desembarazado, pues una docena de árboles tronchados tal vez por el rayo, habian abierto paso á los del sol; millares de insectos volaban sobre aquellas flores inmensas que se encuentran á cada paso, y de las cuales hice una rica coleccion á despecho de los mosquitos. No me sucedió lo mismo con un hermoso pájaro contra el cual iba á dirigir mi puntería, y al

que ya veía dentro de mi morral, pues en el mismo momento en que le asestaba la boca de la escopeta, un horroroso mosquito se me entró por la nariz, y cuando me ví libre de semejante importuno, el pájaro habia desaparecido.

Como durante mi caza de insectos me habia olvidado de tomar las precauciones necesarias para reconocer la direccion que habia seguido, hubo un momento en que me sentí lleno de terror, porque el estraviarse en aquellos bosques inextricables equivale á correr mil peligros de muerte; pero examinando bien lo que me rodeaba, tuve la buena suerte de encontrar, no solo el sitio de donde habia salido para entrar en el espacio libre de árboles, sino tam-

bien, algunos pasos mas lejos, un estrecho sendero ya oculto en parte por las yerbas, y del que no volví á alejarme.

Habia pasado el dia vagando á merced de la casualidad; iba armado de un excelente cuchillo de filo cortante por un lado, y que por el otro presentaba una sierra; además tenia balas en abundancia para el caso de que me salieran al encuentro los tigres. Digo tigres únicamente en sentido figurado, porque no los hay en América; en cambio, encuéntranse en ella jaguares, panteras, osos y gatos-tigres. Aquella vez, sin embargo, solo encontré un mono.

Continuación de mi paseo por el bosque virgen.—Los indios puris.—Operación desagradable.—Las cucarachas y el color encarnado.

Mucho tiempo caminé escoltado por mis enemigos los mosquitos, sin serme posible, por culpa suya, sacar el mas ligero dibujo. Después de una bajada muy rápida, llegué cerca de un torrente, al que me dirigí presuroso para aplacar mi sed, y lavar-me pies y manos; sus aguas, aunque corrían debajo de los árboles y siempre en la sombra, eran calientes, ó por lo menos tibias. Supe mas tarde que aquel torrente servía de límite á cierta porción de terreno concedido por el gobierno á una pequeña tribu indígena, los puris, en cuyo territorio me hallaba en aquel momento, y en donde ví algunas plantaciones de ricinos, naranjos, limoneros y campos de yuca.

Al presentarme en las inmediaciones de las chozas, mujeres y niños huyeron atropelladamente. Los hombres, mas intrépidos, se mantuvieron firmes, si bien no pudieron ocultar su asombro al ver mis colecciones de insectos, especie de curiosidad enteramente desconocida entre ellos. Por lo demás, ningún indicio de hostilidad advertí en su modo de examinarme; lejos de esto, viendo que merced á la tregua que me concedía la ausencia de los mosquitos, me disponía á desayunarme cogiendo algunas naranjas en el suelo, dos de aquellos indios, armados de una larga vara se encaminaron hácia mí, hicieron caer una media docena de aquellos hermosos frutos, y me los ofrecieron con una amabilidad superior á todo elogio. No bien me hube sentado debajo de los naranjos, mis dos nuevos amigos se acercaron mas á mí, pues mi cuchillo de monte, mis frascos llenos de insectos, y el cuchillo-sierra les daban mucho en qué pensar.

Era ya tarde; el sol habia recorrido las dos terceras partes de su carrera, y como yo tenia que andar tanto camino como él para llegar á mi albergue entré en el bosque examinando los sitios mas dignos de ser pintados. Cuando llegué á casa del señor X... era ya de noche; pero á nadie le habia causado la menor inquietud la idea de mi paradero.

Los dias siguientes me familiaricé con el bosque, sin que por esto disminuyera mi admiración. De antemano elegía el tronco de árbol ó la planta que me proponía copiar, teniendo por costumbre llevar conmigo mi desayuno y pasando una parte del dia á la sombra, siempre acosado por los mosquitos, siempre defendiendo mis provisiones de los ataques de las hormigas. Habia añadido á mis colecciones las orquídeas, y recuerdo que en cierta ocasion cargué con tantas, que se me entumecieron las articulaciones.

Al volver de los bosques iba á pasar una hora cerca del arroyo mas delicioso que es posible imaginar, donde hallé una arena muy fina, árboles frondosos y flores que colgaban por todas partes. El sol descendía, y después de tomar un baño me entregaba al descanso ó á recoger insectos. En fin, á pesar de la imposibilidad en que se me habia puesto de retratar indios y sacar vistas fotográficas, por falta de quien llevarse mis bagages, hallaba el medio de reparar el tiempo perdido haciendo paisajes; ó bien, cuando por sentirme cansado de recorrer los bosques desde el amanecer, no podia continuar mi camino, me sentaba sobre la yerba y dibujaba hojas, pues no me faltaba la variedad. Luego colocaba parte de ellas en un herbario, precaución por la que me felicito, pues me sirve de mucho para reproducir con toda verdad los mas pequeños detalles en un gran cuadro de bosque virgen que actualmente me entretengo en pintar.

En este tiempo mi huésped tuvo la feliz idea de ensanchar su casa; mas, como para unir su nuevo techo con el antiguo, fue preciso quitar el de mi cuarto, se procedió á reemplazarlo con una piel de buey muy estrecha, lo cual me proporcionó las continuas visitas del viento, de la lluvia y de toda clase de insectos; así, todas las noches me veía condenado á una operación dolorosa. Hay en el Brasil una especie de pulga imperceptible que se introduce entre las uñas de los pies y la carne, y allí deposita una bolsa llena de sus huevos: este horrible insecto llamado *nigua*, hacia de mis pies su presa habitual. Antes de pensar en dormir, érame forzoso tenderme sobre mi colchon, y la vieja mulata, armada de un cortaplumas y una aguja, registraba mis dedos para extraer las bolsitas que contenían las larvas de la *nigua*, mientras las moscas y otros insectos provistos de agujijones, atraídos por la luz de la vela, se arremolinaban silbando sobre mí y me hacían perder el juicio con sus picaduras, las que me causaron una hinchazón en la nariz y los ojos. Millares de coleópteros acudían por la misma razon y se precipitaban sobre todos los objetos brillantes, de tal modo que los cogía á puñados para arrojarlos fuera.

Por su parte, las abominables cucarachas no me

economizaban sus visitas, y respecto de ellas tuve ocasion de hacer una observación curiosa. Habia pintado una noche una flor encarnada y un pájaro cuyo vientre era del mismo color. Al dia siguiente, todo el encarnado habia desaparecido. Restablecí este color muchos dias consecutivos, pero siempre desaparecia. Colgué el cuadro de mi techo; y encendiendo súbitamente mi vela en medio de la noche, sorprendí á las cucarachas entregadas con ahinco á su obra de destrucción. ¿Por qué tan ciega aversión al color encarnado? Esto era lo único que me faltaba para declarar á tales monstruos una guerra de esterminio. Pero ¿eran ellos mis únicos enemigos? ¡Ah! no. Los ratones acudían en tropel á media noche para roer todo cuanto habia á mi alrededor. Cuando me despertaba combatía con ellos á palos en las sombras; lo que no me impedía, al oír el canto del gallo, vestirme y emprender una nueva escursión.

Una emigración de hormigas.—La fiesta de San Benito en una aldea india.—Incendio en el bosque virgen.

Pintaba cierto dia un tronco de árbol rodeado de lianas que lo ceñían como los aros de un tonel, á cuyo volumen era mucho mayor que el del mismo árbol, que si bien á primera vista parecia enorme, era en realidad bastante ligero en comparación con la masa de sus parásitos. Mientras trabajaba veía muchos insectos y lagartos pasar á mi lado y dirigirse hácia el mismo sitio, mientras á mi espalda oía también gritos de pájaros que se aproximaban insensiblemente. Mi primer propósito fue poner pronto término á mi tarea, porque aquel extraño movimiento anunciaba, en mi entender, una terrible tempestad; y como tenia que andar una legua, me dispuse á volver á mi desvenecado habitáculo, cuando de improviso me ví asaltado de pies á cabeza por una legión de hormigas. No tuve mas tiempo que el necesario para levantarme, esparciendo por el suelo en mi brusco movimiento todo lo que contenía una caja de colores, y me puse en precipitada fuga haciendo todos los esfuerzos posibles para librarme de mis nuevos enemigos, porque no era posible pensar en volver á mi puesto y pretender librar del desastre los objetos que me habia visto obligado á dejar en el suelo. En una anchura de cerca de 10 metros, y de tal modo compactas que no se veía una pulgada de terreno, miriadas de hormigas viajeras marchaban sin detenerse ante obstáculo alguno, salvando sin desviarse en una sola línea las lianas, las plantas y los árboles mas altos. Pájaros de toda especie, y especialmente de toda clase de picos, que volaban de rama en rama, seguían á las emigrantes y se alimentaban de ellas. Era aquel un espectáculo delicioso para un cazador. Hubiera querido tener á mano mi escopeta, que habia olvidado en mi desordenada fuga; pero esto era

imposible, porque en un espacio de terreno que no hubiera sido posible recorrer en menos de una hora, no veía sitio alguno por donde no fuese peligroso marchar. Por último, poco á poco descubrí unos angostos senderos hasta los cuales me aventuré á saltar, evitando poner el pie sobre los sitios en blanco, pues me hubiera visto acometido de nuevo. No obstante, no podia sustraerme por completo á las picaduras, porque cuando cogí mi escopeta la encontré negra como un hormiguero; lleno entonces de alegría por haberla recobrado volví atrás dando brincos como lo habia hecho al ir, á fin de librarme de las hormigas, y maté muchos pájaros, bien inútilmente por cierto, pues antes de poder levantarlos del suelo estaban convertidos en esqueletos, por haber sido devorados en toda su parte comestible, sin exceptuar las plumas. Al volver á mi aposento supe que otra invasión habia penetrado en él, aunque mucho menos numerosa que la primera; y como mis pájaros estaban preparados para la disección, y el jabón arsenical no tenia atractivos para las viajeras, mis colecciones no sufrieron el menor deterioro. No sucedió lo mismo respecto de mí, porque, acribillado de picaduras, mi sistema nervioso se hallaba terriblemente irritado. Érame forzoso estar siempre dispuesto para el combate, de dia y de noche; así, en lugar de entregarme al sueño, me armé con una maza y con mi bastón de contera de hierro, apoyo del paisajista, y me puse en acecho esperando la vuelta crónica de los ratones, resuelto aquella vez á esterminarlos. Mas, hé aquí que á lo lejos se dejó oír un ruido confuso muy singular, como si se golpease sobre algo parecido á un tambor cuyo parche estuviera mojado. ¿Qué podía significar tal estruendo en nuestras soledades? No habiendo podido conciliar el sueño en toda la noche, me apresuré al rayar el dia á inquirir la causa de tal barahunda, y obtuve las noticias siguientes.

La fiesta de San Benito es objeto de gran devoción entre los indios, quienes lá preparan seis meses antes, y conservan de ella un exacto recuerdo seis meses después. En el momento en que el tambor empieza á sonar, el estrépito no cesa dia y noche. Este instrumento está formado con un tronco de árbol hueco en su interior y cubierto por un solo lado con un pedazo de pellejo de buey. El dia de la fiesta fué en compañía de mi huésped á gozar del espectáculo, el cual se verificaba en una aldea llamada segun creo, Dessacumento. Los indios iban de choza en choza bebiendo *cañeba* y *cachassa*: y si bien esta vez no cantaban, ahullaban en cambio desafortadamente. Los hombres estaban sentados con su endiablado tambor entre las piernas, y algunos rascaban con un palo un instrumento hecho con un pedazo de bambú hendido en toda su longitud. Al rumor de tal algarabía, las mujeres mas viejas se entregaban devotamente á un